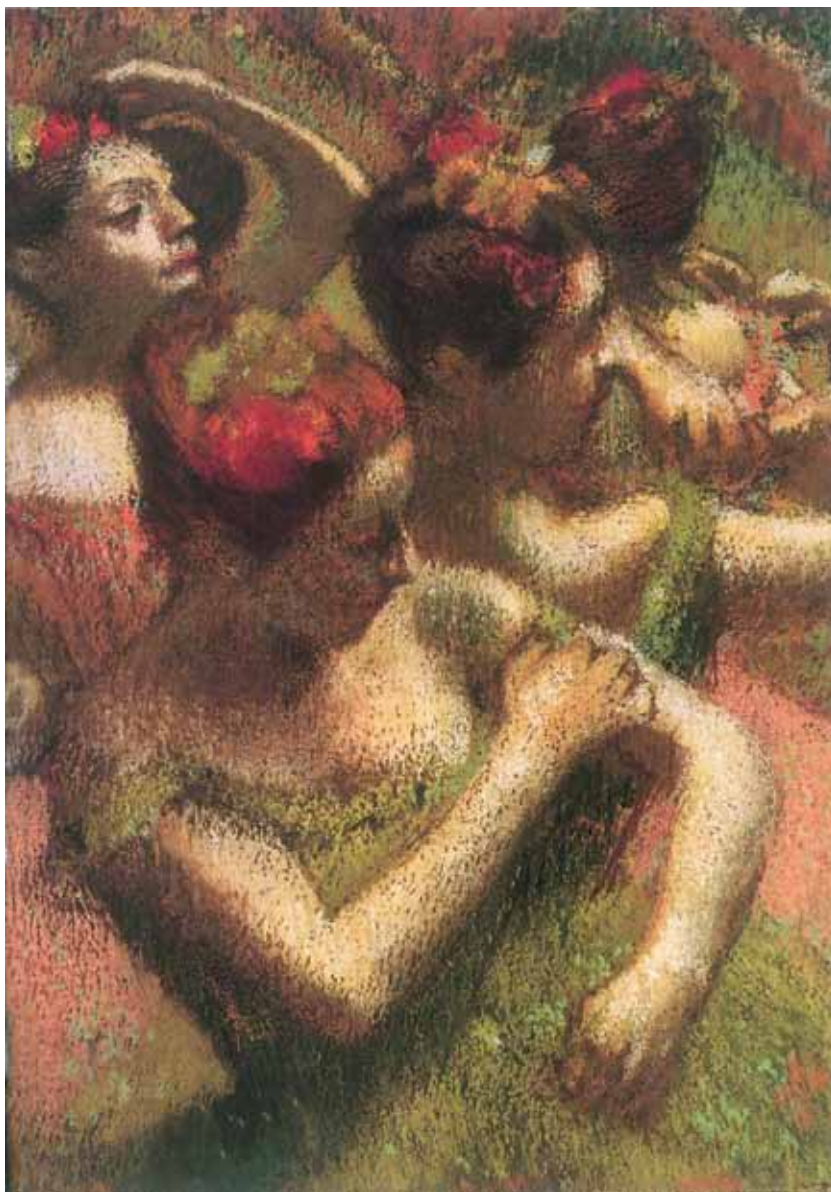


# Misterios luminosos

José Alberto García Lozano\*



*Dancers, c. 1899 / Degas*

**E**s la hora de los noticieros en la televisión. La casa está en calma y el viejo duerme. Una de las ventajas del cable es que Elodia no tiene la obligación de enterarse de guerras que no le corresponden. Todas las noches enciende el televisor, se sienta en su mullido sillón con el rosario entre las manos, y empieza la letanía que tendría que llevarla a sufrir o a gozar, porque los misterios del rosario son misterios de gozo, unos días, y misterios de dolor, los otros. Orgullosa, platica a las personas que esta práctica se la debe a su hija mayor, quien le contrató el cable. Ella pronto descubrió que

podía rezar por las noches y escuchar misa por las mañanas. Hay muy poco más para ver en televisión.

Los ronquidos de Martín, el viejo, y a veces sus despertares, acompañan a Elodia en esta oración que es la puerta de entrada hacia una vida contemplativa.

Hay evidencias de lo que fue una vida más gallarda. Trofeos de caza en las pa-



*Dancers, c. 1899 / Degas (detalle)*

redes: patos, pieles de venado, cabezas inmóviles con ojos de canica en lugar de carne. Un armadillo disecado en una mesa y un zorro en la otra. En el piso, pieles de vaca que a muchos les sirvieron de cama cuando la casa recibía visitas. Los platos sucios se acumulan en el comedor y un olor a cosas en franca descomposición. Las fotografías muestran a personas más jóvenes pero nunca lo suficiente, porque en esa época todos nacían siendo adultos, mostrando una actitud adusta y una disposición para trabajar. Nadie ha preguntado jamás en qué lugar se tomaron las fotos, pero muchas veces creí que se habían hecho frente al paredón de fusilamiento, sin nadie que les dijera que relajaran los hombros y mostraran una sonrisa. De formas extrañas habían escapado de la muerte y habían llegado a este momento que eufemísticamente se llama vida.

Elodia reza el rosario, recitando palabras suaves como olas que llegan a la playa repetidamente y se llevan granos diminutos de arena, como olas que regresan arena en su siguiente viaje y, al cabo, no se llevan nada, todo lo regresan, si no hoy, mañana; si no aquí, en otro lugar. Ave María, dulce, santa, rosa, madre, consuelo, divina, casta, pura, amable, admirable, casa, refugio, auxilio. En su mente, los pensamientos también insisten. No es necesario mirar los muros para recordar los años que, inclementes, se niegan a desaparecer. Porque la buena nueva de Jesús, de haber vencido

a la muerte, a veces se antoja una maldad, y se asume con resignación. La buena memoria de los viejos es un misterio doloroso.

La misericordia es la enfermedad de Martín, que puede olvidar y ser niño y sonreír a la gente que pasa por la calle, cuando lo depositan en la banqueta para que tome el sol y un poco de aire fresco. Siempre en su silla de ruedas y siempre mirando hacia las montañas, donde muchas veces también fue un hombre-niño con un rifle para dispararle a las bestias y con una pandilla de amigos que se perdía en la sierra por una semana. Hasta regresar con una presa, con una alegría, con una fuerza que les permitía pasar dos o tres días consecutivos de borrachera, jugando cartas y apostando fuerte, demostrando que la hombría no se había quedado en el monte.

Los olores de la vida no eran cirios o inciensos. Eran el sudor de muchos días de camino, el tequila en las gargantas, el cigarro en las bocas que reían a carcajadas.

La niñez del viejo Martín ahora consiste en usar pañal y ser revisado cuatro veces al día y en haber olvidado hablar. Don Jesús llega cada día a preguntarle a Elodia cómo pasó la noche el viejo. Y ella, casi sin rencor en la voz, responde que bien, que había dormido muy bien. En su respuesta se entiende que la de ella, había sido otra noche con pocas horas para dormir y muchas para escuchar los ronquidos y los minutos. Y para intentar olvidar y para darse cuenta que todo es inútil, que no depende de ella el silencio, o el sueño, o el olvido.

Dicen que los recuerdos son la forma en que viven los viejos. Son la vía dolorosa por donde Elodia vuelve a vivir las borracheras de Martín, y la primera vez



*Dancers, c. 1899 / Degas (detalle)*

que un doctor le diagnosticó herpes, un herpes que contrajo Martín en otro tipo de cacerías. Y después le pidió perdón y le juró que nunca más. Pero habría otra más...y más. Hasta que Elodia dejaría de pelear e intentaría perdonar muchas veces, casi todas las veces.

Viene don Jesús, por las mañanas, para darle un baño a Martín, para inyectarlo, para vestirlo con ropa limpia y para tomarlo en brazos, ponerlo en la silla de ruedas y sacarlo a la calle, al día fresco que empieza. También le pregunta a doña Elodia si hay algo que necesite. A veces un poco de café, o tortillas, o surtir la medicina, o jabón, o nada.

La sonrisa estúpida de Martín se hará presente para los transeúntes. Es algo con lo que se debe contar hasta el día en que ya no esté. En que se advierta, como se advierte a veces, que apenas ayer, o la semana pasada, aquí había un árbol o un letrero, o un auto que nadie arreglaba pero que tampoco nadie retiraba de la calle. Un Martín sonriente que nadie retira de la vida hasta el día en que ya no esté, y tal vez pasarán sólo unos días, o quizás un mes y la gente se detendrá a preguntarle a Elodia qué pasó con don Martín.

Aún quedan muchas Aves Marías antes de eso. Elodia interrumpe el rezo y se encamina apoyándose hasta la habitación del viejo. Descarga con fuerza su bastón en el cuerpo de Martín: bendita tú eres entre todas las mujeres. Bendita tú eres entre todas las mujeres. Una vez, dos veces, siete veces, siete veces siete. Le hace moretes, lo tumba de la cama. Mañana vendrá don Jesús a preguntar qué pasó.

—¿Se cayó otra vez don Martín?

—Sí, se cayó.

—¿Y, usted, no lo escuchó?

—No, no lo escuché.

Ese siguiente día no habrá misa por televisión. Es preciso acudir a la iglesia y hacer la confesión. Aunque, ¿qué otra penitencia puede ordenarle el sacerdote? Ya es Elodia una beata que reza el rosario, ¿cómo pedirle tantas Aves Marías y tantos Padres Nuestros? Es que la medicina para los viejos comienza a ser ineficaz, la medicina para curar el cuerpo, la medicina para curar el alma. Algún día, el cáncer o la diabetes o el Alzheimer tendrán por fin compasión de Elodia. No hay nada más que puedan recetarle los doctores o los sacerdotes. Hay que perdonar hasta setenta veces siete, como nuestro Señor.

Y mientras el perdón llega, o el olvido, y si ninguno de los dos llega, la esperanza de que llegue la muerte, Elodia frente al televisor revuelve las cuentas de su rosario; escuchando aún los ronquidos de Martín; escuchando su risa y la de sus amigos en el comedor, jugando baraja; escuchando disparos que vienen de la montaña, de hombres que van de cacería; escuchando a la gente, diciendo, sin saber lo que dice, que recordar es volver a vivir.

\*José Alberto García Lozano. Guadalajara, Jalisco, 1968. Escritor, fotógrafo y artista plástico. Autor del volumen de cuentos: Sin agraviar a los ausentes (2007), Obra Negra Editores. Ha publicado relatos en diversas revistas regionales. Beneficiario de la beca David Alfaro Siqueiros del ICHICULT, en Literatura-Cuento, durante el 2014.